

¿Tiene el Islam un rostro humano?

Tomás ALFARO

Los datos sobre la vida de Mahoma hasta los cuarenta años son pocos y muy teñidos por la leyenda. Mahoma fue un vástago de la tribu de los koreichitas, a los que se atribuye la construcción de la ciudad de la Meca alrededor de un venerado santuario llamado la Kahaba y construido, en tiempos inmemoriales, alrededor de una misteriosa piedra negra. Desde la construcción de la Meca, los koreichitas eran los guardianes del santuario. Parece ser que el abuelo de Mahoma, jefe de los koreichitas, llamado Abdelmotalib, tenía un solo hijo varón, lo que era para él motivo de vergüenza y oprobio. Por eso hizo al dios de la Kahaba el juramento de que si le concedía diez hijos varones, le sacrificaría uno. El dios fue generoso y le dio doce varones y, de propina, seis hijas. Abdelmotalib retrasó lo que pudo el cumplimiento de la promesa, pero llegó un momento en que no le quedó más remedio que cumplirla. Se fue con sus diez hijos mayores ante el ídolo de la Kahaba y echó a suertes para elegir a cuál sacrificar. La suerte cayó sobre el más amado, Abdallah. Pero en el último momento le dijeron que antes de cumplir su juramento, consultase a una adivinadora que había en Kaibar, una ciudad habitada por judíos. La adivinadora le dijo a Abdelmotalib que pusiese en un lado a su hijo y en otro a diez camellos y echase a suertes. Si la suerte era contraria a Abdallah, debía sacrificar los diez camellos y volver a echar a suertes, repitiendo el proceso hasta que el azar favoreciese a Abdallah. Parece que la suerte le fue contraria a Abdallah hasta diez veces por lo que su padre tuvo que pagar cien camellos por su rescate. No obstante, su padre, para celebrarlo casó a Abdallah con Amina, de la tribu de los Zaritas. Cien doncellas murieron de celos por este matrimonio. De ese matrimonio nació Mahoma. Se dice que el mundo entero se conmovió con este acontecimiento. Catorce torres del palacio de Cosroes se derrumbaron, el lago Sawa se secó y el fuego sagrado de El Pireo se apagó. Amina contó a su suegro que durante el embarazo había soñado que de su seno salía una luz extraordinaria que iluminaba el mundo entero y Abdelmotalib comprobó con asombro que el niño había nacido circuncidado. A los dos meses moría el padre de Mahoma y a los seis años su madre, dejándole por herencia cinco camellos y una esclava negra. No obstante, el abuelo tomó al niño bajo su protec-

ción y, a su muerte, se lo confió a otro hijo suyo, Abu Talib, que pasó a ser jefe de los koreichitas. Cuando cumplió los doce años, Abu Talib decidió dedicar a Mahoma al comercio y lo llevó consigo a un viaje a Siria. En Bosra se alojaron en un convento de cristianos nestorianos. Los nestorianos afirmaban que Jesucristo era sólo un hombre, no Dios, en el que, accidentalmente, se había introducido el Hijo. Aún éste, el Hijo, era inferior a Dios Padre por el que había sido adoptado. Los ecos de esta doctrina están plasmados en el Corán. Parece ser que un monje de este monasterio, llamado Bahira o Sergio, predijo a Mahoma un porvenir glorioso porque tenía el signo de la profecía. Este signo era una marca que Mahoma tenía entre los hombros. Sergio recomendó a Abu Talib que guardase al chico de las asechanzas de los judíos, que intentarían matarle si percibían en él el sello de la profecía. Mahoma volvió de ese viaje con catorce años. Nada dice la tradición sobre los años siguientes, si no es el hecho de que participó en una guerra entre los koreichitas y los chenanitas y avazanitas, en las que Mahoma se limitó a recoger las flechas que lanzaban sus enemigos y entregárselas a sus tíos. Adquirió fama de persona que gustaba de la soledad y la meditación y supo ganarse la estima y el respeto de su tribu por su buen sentido, su carácter serio y sus rectas costumbres.

A los veinticinco años, una mujer viuda y muy rica, llamada Khadija, quince años mayor que él, necesitaba que un hombre honrado y hábil dirigiese sus negocios y eligió a Mahoma para este menester. Al volver de su primer viaje, le ofreció su mano y se casó con él. Abu Talib, satisfecho, pagó la dote de doce onzas de oro y veinte camellos. Parece que por esta época entró a formar parte de una asociación de koreichitas que se oponía a las injusticias que estos cometían con los extranjeros. También se cuenta que después de un incendio que destruyó la Kahaba, le buscaron como árbitro en una violenta disputa sobre qué clan debía volver a colocar la piedra negra en su sitio. Mahoma sugirió que se colocase la piedra sobre un paño que sería sostenido por personas de los distintos bandos. Es muy posible, aunque no hay indicios de ello, que en sus múltiples viajes comerciales, Mahoma, que era analfabeto pero estaba dotado de una portentosa inteligencia, visitase a Sergio, el monje nestoriano que le anunció un brillante futuro y oyese hablar de la Biblia y del Nuevo Testamento a judíos y cristianos. Puede que también oyera los ecos de las disputas teológicas trinitarias que se desarrollaban en la cristiandad oriental. Seguro que daba vueltas a todo esto en soledad durante los retiros anuales que hacía durante el mes de Ramadán a una gruta en la montaña de Hira, cerca de la Meca, donde se sometía a rigurosos ayunos. Allí parece que se le apareció por primera vez el arcángel Gabriel y prometió reve-

larle la verdadera religión. Era el año 610 y contaba Mahoma con cuarenta años. Cuenta Ibn Isaac que Gabriel le despertó con un libro en la mano diciéndole: «¡Recita!». Como él se negase a recitar, Gabriel le apretó el libro sobre la boca y las narices hasta casi ahogarle, repitiéndole: «¡Recita!». Hasta cuatro veces se repitió la negativa de Mahoma, hasta que éste dijo: «¿Qué debo recitar?». «Recita en nombre de tu Señor que te creó, que creó al hombre de un grumo de sangre». Mahoma inició el descenso de la montaña y llegado a la mitad oyó una voz del cielo que le decía: «Oh, Mahoma, tú eres el apóstol de Alá y yo soy Gabriel». Yo alcé la cabeza al cielo para mirar y allí estaba Gabriel, bajo la forma de un hombre sentado, en el horizonte, con las piernas cruzadas. No podía fijar la vista en una región del cielo sin verle.

Mahoma comenzó a predicar un monoteísmo en el que el Dios único, Alá, era uno de los dioses del politeísmo árabe. Al principio, el mensaje se dirigía únicamente a sus más allegados, pero en 612, otra aparición del arcángel Gabriel le obligó a dirigir su mensaje a todos los habitantes de la Meca. Alá era el Señor de la Kaaba, pero había llegado a ser un Dios ocioso y su culto se reducía a ciertas ofertas de algunas primicias junto a otras deidades menores. Mucho más importantes eran, para el politeísmo árabe, las diosas Manat (Destino), Allat (femenino de Alá) y Al'Uzza (la Poderosa). Era como si un romano quisiese instaurar el monoteísmo de Vulcano. Alá le iba dictando textualmente los suras (capítulos) del Corán, que él memorizaba y hacía memorizar a sus seguidores. El orden en el que Mahoma recibió el Corán de Alá no es el de la actual compilación. Se distinguen cuatro períodos: Tres períodos recibidos en la Meca, antes de la Hégira, 1.^{er}, 2.^o y 3.^{er} períodos mequíes, y un cuarto recibido en Medina, después de la Hégira. Los dos primeros períodos mequíes se agrupan en la primera predicación, que se desarrolla entre el 610 y el 619, con el 615 como gozne entre ambos períodos mequíes. El 3.^{er} período mequí constituye la segunda predicación, del 619 al 622. No hay un acuerdo absoluto sobre el orden en que fueron entregados los suras, pero el más aceptado es el siguiente:

1.^o período mequí (610-615):

Suras: 96 (1-5), 74 (1-7), 106, 93, 94, 103, 91, 107, 86, 95, 101, 100, 92, 99, 82, 87, 80, 81, 84, 79, 88, 52, 56, 69, 77, 78, 75, 55, 97, 53, 102, 96 (6-19), 70, 73, 76, 83, 74 (855), 111, 108, 104, 90, 105, 89, 85, 112, 109, 1, 113, 114.

2.º período mequí (615-619):

Suras: 51, 54, 68, 37, 71, 44, 50, 20, 26, 15, 19, 38, 36, 43, 72, 67, 23, 21, 25, 27, 18.

3.º período mequí (619-622):

Suras: 32, 41, 45, 17, 16, 30, 11, 14, 12, 40, 28, 39, 29, 31, 42, 10, 34, 35, 7, 46, 6, 13.

Período Medinés (622-632):

Suras: 2, 98, 64, 62, 8, 47, 3, 61, 57, 4, 65, 59, 33, 63, 24, 58, 22, 48, 66, 60, 110, 49, 9, 5.

Al principio, algunos versículos del Corán permitían el culto a las principales divinidades femeninas arábigas, tal vez para atraerse a algunos árabes influyentes. La sura 53, en su versículo 20, habla de estas tres divinidades. En una versión primitiva del Corán se decía a continuación de este versículo: «Son diosas sublimes y su intercesión es ciertamente deseable». Cuando, más tarde, el Islam se hizo totalmente monoteísta, Mahoma afirmó que esos versículos le habían sido revelados por Satán en vez de por Alá y los substituyó por otros que dicen: «¿Tendríais vosotros varones y Alá hembras? Este reparto es injusto. No son más que nombres...».¹

La predicación de Mahoma fue haciéndose progresivamente más dura e intransigente. Los primeros suras, hasta el 103, son un canto a la misericordia de Alá, al agradecimiento, a la conversión a un Dios bueno. Pueden considerarse hasta tiernos. Hasta esta sura, la predicación se dirigía casi exclusivamente a su primera mujer, Khadija, su hijo adoptivo Zaid, su primo Alí, futuro marido de su hija Fátima, su amigo Abu Bakr, cuya hija Aisha llegó a ser la última mujer de Mahoma y Otmán, futuro yerno de Mahoma. Respecto a las mujeres, Mahoma tuvo doce, a pesar de que el Corán permite explícitamente «sólo» cuatro. El Corán se encarga de decir que Mahoma no está sujeto a esa prescripción². Desposó a Aisha

¹ Cf. MIRCEA ELIADE, *Historia de las creencias y de las ideas religiosas*. Tomo III/I. *De Mahoma al comienzo de la modernidad*, Madrid, Ediciones cristiandad, 1983, pp. 77 y 81.

² Sura 33, versículos 49 y 51.

con seis años y consumó el matrimonio con ella a los nueve. Él tenía cincuenta y tres. También se casó con la mujer de su hijo adoptivo Zaid, Zenobia. Una mención de Mahoma del vuelco del corazón que le había producido la belleza de su mujer fue suficiente para que Zaid la repudiase. Al poco tiempo Alá dictó una sura en la que se le permitía a él y a todos los musulmanes casarse con las mujeres repudiadas por sus hijos³. A partir de una apertura mayor en su predicación, debió encontrarse con la incomprensión y su lenguaje se hace muy amenazador, desde la sura 91, con énfasis en un espantoso castigo, con terribles juramentos. La sura 87, si está escrito en el orden arriba citado, es un paréntesis entre las amenazas. Todas las suras de este período mequí son breves y concisas.

Las suras del 2.º período mequí reflejan un cierto cansancio. No ha conseguido mucho y apela a la apología. Se consuela a sí mismo basándose, sobre todo, en casos deformados de profetas judíos anteriores que han experimentado fracasos como el suyo. Es durante este 2.º período mequí, hacia el año 617-619, cuando la tradición sitúa el viaje de Mahoma al cielo (miraj), desde Jerusalén. Es una respuesta a los incrédulos. La tradición narra que el arcángel Gabriel le vino a buscar en un extraño equino alado con cara de mujer, cuerpo de caballo y cola de pavo real, llamado Borak. Primero le llevó de la Meca a Jerusalén y, luego, a través de los siete cielos, hasta el trono de Dios, que le reveló el Corán y una ciencia esotérica que no debía comunicar a los musulmanes. Muawiya, que luego sería el primer califa Omeya y Aisha, su última mujer, aseguraban que el viaje había tenido lugar sólo en una visión extática. Aisha dice que Mahoma no se levantó de su lecho, pero lo cierto es que Aisha todavía no estaba casada con Mahoma en esas fechas. Más tarde, Muawilla y Aisha se opusieron ferozmente al califa Alí, por lo que, los seguidores de éste, los actuales chiitas, aseguran que el viaje fue real, pero que fue tan rápido que el lecho de Mahoma no se enfrió y el agua que hervía en un pote al fuego no tuvo tiempo de verterse.

En el 3.º período mequí Mahoma se hace más prolijo. Ya tiene un grupo de adeptos de cierta importancia y los incrédulos, molestos por su éxito incipiente, empiezan a argumentar contra su predicación. Muchos dicen que se está inventando el Corán. Le piden milagros y Mahoma dice que Alá no quiere que los haga. En largas suras les explica los signos de Alá en la naturaleza, que deberían ser suficientes para creerle. Cuenta largas y deformadas historias basadas en

³ Sura 33, Versículo 37.

los personajes del Antiguo Testamento. Aunque no pone énfasis en lo terrible del castigo, resalta mucho las diferencias que habrá entre los que crean y los que sean infieles. Parece como si dijera: allá vosotros si no creéis, ahí están los signos de Alá y los creyentes. Comparad lo que será su suerte y la vuestra. Hacia el 615 muere su tío y protector Abu Talib (que nunca abrazó el Islam). El hermano de éste, Alí Lahab, le desposee de sus derechos, por lo que Mahoma queda convertido en un hombre sin clan familiar, lo que en la cultura árabe era equivalente a una condena de muerte. Por estas fechas manda a parte de sus seguidores a dos ciudades oasis, Taif y Yathrib (Medina). En Taif fracasa con los beduinos, pero en Medina se convierte una de las dos grandes tribus árabes.

En este momento llegamos al año 622 en el que Mahoma es continuamente hostigado por los mequíes, que se han hartado del éxito de su predicación y de sus amenazas escatológicas. En la peregrinación a la Kaaba de la Meca de ese año, la tribu de Medina convertida hace un pacto con Mahoma. Medina llevaba años enredada en duras luchas intestinas y los árabes deciden llamar a Mahoma como hombre bueno para dirimir sus diferencias. Para no llamar la atención de los de la Meca, los partidarios de Mahoma se van de la Meca a Medina, separadas por 300 Km. de desierto, en pequeños grupos. Mahoma y Abu Bakr parten en uno de los últimos grupos. El 24 de septiembre Mahoma llega a Medina. La Hégira (emigración) ha terminado con éxito. En Medina, Mahoma se hace con el poder con la ayuda de la tribu musulmana. Pasa de ser un profeta no escuchado y amenazado a un dirigente político poderoso. Haciendo gala de un gran tacto político consigue hacer que los musulmanes recién llegados de la Meca y los de Medina, se consideren una única tribu, con independencia de los lazos de sangre. Los musulmanes son un pueblo, el clan familiar ya no cuenta. Los árabes se convierten en su mayoría, aunque muchas conversiones sean por conveniencia política. Pero las tres tribus judías no sólo no lo hacen, a pesar de los esfuerzos de Mahoma, sino que le reprochan haber reinventado la Torá a su antojo. Como consecuencia, Mahoma expulsa a dos de las tribus judías de la noche a la mañana sin que puedan llevarse nada de sus bienes y cambia la orientación de la oración. En vez de rezar, como había prescrito al principio, de cara a Jerusalén —desde donde decía haber sido llevado al cielo a la presencia de Alá— a partir de ese momento hay que rezar mirando a la Kaaba de la Meca. Decide, además, que la Kaaba fue construida por Abraham y su hijo Ismael para adorar allí al Dios único, Alá. El Islam se acaba de convertir, por decreto de Mahoma, en una religión más antigua que el judaísmo. Si en la Kaaba se practicaba la idolatría era por culpa de los pecados del pueblo. Empieza un período de saqueos a las caravanas de la Meca en los que Mahoma se reserva una quinta parte de

todos los botines. Los mequíes reaccionan y sitian Medina sin poder tomarla. Pero Mahoma percibe un comportamiento extraño en algunos árabes conversos y en los judíos. Acusa de traición a estos últimos, a los que pasa a cuchillo y empieza a dictar suras en las que pretende desenmascarar a los falsos conversos para que sigan la misma suerte. Con el poder en la mano se da cuenta de que es más fácil convertir por la fuerza que predicando. En 628, temerariamente, Mahoma decide ir a peregrinar a la Meca con los musulmanes de Medina. Los mequíes no le permiten entrar, pero no se atreven a atacarles. En 629, consigue un tratado bastante humillante en el que los mequíes otorgaban a los musulmanes una tregua de 10 años. En ese año Mahoma, con 2.000 hombres, va en peregrinación a la Meca. También en ese año manda una expedición para conquistar Muta, en la frontera del imperio Bizantino. La expedición fracasa, pero Mahoma ha dejado claro cuál es el camino a seguir. Al año siguiente, 630, con un pretexto falso, Mahoma da por rota la tregua y se presenta en la Meca con un ejército de 10.000 hombres. Entra en la Meca sin resistencia. Destruye todos los ídolos de la Kaaba, purifica el santuario, da por abolidos todos los derechos de los idólatras y, tras ejecutar tan sólo a seis de sus más terribles enemigos, manda a los musulmanes no ejercer la venganza. Luego vuelve a su capital, Medina.

Las suras del período Medinés reflejan todo esto. La sura 2, la más larga del Corán (286 versículos) es la primera dictada en Medina y refleja las que vendrán después. Hasta entonces, el contacto con judíos y cristianos había sido circunstancial. Ahora se hace cotidiano y Mahoma se apresura a decir que ni unos ni otros tienen razón. Si bien todos los profetas del judaísmo y también Jesús y María son profetas de Alá, el mensaje recibido por ellos de Dios era incompleto y había sido adulterado por cristianos y judíos. Dios no tiene hijo, se afirma. Ya empiezan a leerse versículos que regulan cuestiones civiles como el pago de las deudas o el repudio de las mujeres. Merece notarse que en esta sura aparece un versículo que permite a Mahoma decir lo contrario a lo dicho en suras anteriores. «Nosotros no abrogaremos ningún versículo de este libro ni haremos borrar uno sólo de tu memoria, sin reemplazarlo por otro mejor o igual. ¿No sabes que Alá es Omnipotente?». Dice el versículo 100. O sea, que Alá se dice y desdice cuándo y como quiere, siempre por boca de su profeta. También en esta sura 2, 187-189 aparece la primera mención a la guerra santa de conquista:

Matadles doquiera que los halléis y expulsadles de donde ellos os hayan expulsado. La tentación de la idolatría es peor que la carnicería en la guerra. No les libréis combate junto al oratorio sagrado, a no ser que ellos os ataquen. Si lo hacen,

matadlos. Tal es la recompensa de los infieles. Si ponen término a lo que hacen, en verdad Dios es indulgente y misericordioso. Combatidles hasta tanto que no tengáis que temer la tentación y hasta que todo culto sea el del Dios único. Si ponen término a sus acciones, entonces no más hostilidades, a no ser contra los perversos.

La sura 3 contiene uno de los pasajes más sorprendentes de todo el Corán. Cuando nació María, su madre le dijo a Alá: «... Señor, he echado al mundo una hija y la he nombrado Miriam; la pongo bajo tu protección, a ella y a su posteridad, a fin de que los preserves de las astucias de Satán, el apedreado» (versículo 31). Y más adelante —versículos 37, 40 y 42— «los ángeles dijeron a Miriam: Alá te ha escogido y te ha dejado exenta de toda mancha, te ha elegido entre todas las mujeres del universo». «Un día los ángeles dijeron a Miriam: Alá te anuncia su Verbo, se llamará el Mesías, Jesús, hijo de Miriam, ilustre en este mundo y en el otro y uno de los familiares de Alá». «Señor, respondió Miriam, ¿cómo he se tener un hijo? Ningún hombre me ha tocado. Así es, respondió el ángel como crea Alá lo que quiere. Dice: Sea, y es». Curiosa definición del dogma de la Inmaculada Concepción de María y de la concepción virginal de Jesús, definido, el primero, por la Iglesia en 1854. Lo que indica que la Iglesia no define un dogma que no es antes creído por la tradición. En este caso esta creencia ya había sido escuchada por Mahoma en 622. Sin embargo, de ninguna manera Mahoma consideraba a Jesús Hijo de Dios. En muchas suras asegura que Alá no tiene hijos. Incluso considera (sura 61, versículo 6) que Jesús era un heraldo para anunciarle a él.

Al morir Mahoma en el 632 dejaron el cadáver sin sepultura durante un tiempo porque muchos de sus seguidores esperaban que resucitase, como decían los evangelios que había hecho Jesús. Naturalmente, al cabo de unos días tuvieron que enterrarle y pensar quién podía ser su sucesor. Aún antes de enterrar al profeta se eligió a Abu Bakr, suegro de Mahoma y uno de los primeros conversos, con el título de Jallifat Rasull Alá (sucesor del mensajero de Alá. De ahí viene nuestra palabra califa). Lo primero que hizo el primer califa fue proclamar: «Si alguien venera a Mahoma, Mahoma está muerto, pero si alguien venera a Alá, Mahoma está vivo y no muere jamás» y, acto seguido, ordenar la inhumación del cadáver. Abu Bakr se encontró con el problema de que, una vez muerto Mahoma, y también desaparecidas en combate casi todas las personas que habían aprendido de memoria el Corán, era necesario ponerlo por escrito. Se lo encargó a Zaid Ibn Thabit, uno de los que lo habían aprendido de memoria. Éste hizo una labor de investigación de su memoria y otras fuentes orales y escritas y redactó una versión oficial del Corán, aunque las propias fuentes islámicas afirman

que en esa versión se suprimieron el versículo 23 de la sura 33 y los dos últimos de la sura 9. Ambas suras son del período medinés. En el 634 muere Abu Bakr designando como sucesor a Omar, su más brillante general. Omar empieza una marea de conquistas que sólo empezará a bajar en España en el siglo VIII y en el este de Europa y el Mediterráneo el siglo XVI. En 636, los bizantinos abandonan Siria, Antioquía cae en 637, año en el que se desmorona derrotado el Imperio persa de los Sasánidas. Egipto es conquistado en 642 y Cartago en 644. En 644 muere Omar y Otmán, yerno de Mahoma y uno de los primeros conversos, asume el califato a la muerte de Omar. Por entonces, en Irak se seguía un Corán distinto y en Siria otro también distinto, por lo que Otmán decide eliminar y quemar todos los manuscritos de cualquier otra versión del Corán que no fuese la realizada en tiempos de Abu Bakr. En 656 Otmán es asesinado por soldados de Irak y Egipto. El califato recayó entonces en Ali, primo y yerno de Mahoma, casado con Fátima, su hija favorita. Pero Aisha y otros dignatarios mequíes no aceptaron a Alí por suponerle implicado en el asesinato de Otmán. Tuvo, por tanto, Alí que asentar su califato en Nayaf, una ciudad fortificada de Irak. Sin embargo, el gobernador musulmán de Siria, Muawiya, otro suegro del profeta y primo de Otmán, no aceptó a Alí. En 657 tuvo lugar la batalla de Siffin entre tropas de Ali y Muawiya. El resultado indeciso de la misma hizo que se pensase en una fórmula de arbitraje, pero los que posteriormente serían conocidos como jariyíes no la aceptaron y se juramentaron para dar muerte a ambos pretendientes. Lograron asesinar a Ali y a toda su familia, salvo a dos de sus hijos. El mayor, Hassan, temeroso de sufrir la misma muerte que su padre, se apresuró en abdicar a favor de Muawiya. Pero los partidarios de Ali no lo aceptaron y nombraron califa a Husseín, segundo hijo de Ali. Muawiya se llevó el califato de Medina a Damasco, lo declaró hereditario y fundó la dinastía Omeya. El segundo califa Omeya, Yazid I, asumió el califato en 680 e hizo asesinar a Husseín. Los seguidores de éste son los que todavía hoy se conocen como chiíes o chiitas, mientras que el resto de los musulmanes son los sunnies o sunnitas. Sesenta y nueve años más tarde, en 749, Abu Abbas, descendiente de un familiar de Mahoma, se proclamó Califa, alegando que era el Imán Oculto, un personaje mítico y justiciero. Asesinó a todos los Omeyas, menos a uno que logró escapar, y trasladó el califato Abásida a Bagdad. El Omeya superviviente, Abd ar-Ramán, llegó a Al-Andalus en su huída y fue proclamado Emir. En España le conocemos como Abderramán I, fundador del emirato de Al-Andalus. Un descendiente suyo, Abderramán III, se proclamó Califa en 918. En ese momento existían en el Islam tres califatos: el Abásida en Bagdad, el Fatimí de Ifriqiya en el norte de África y el Omeya de Córdoba. Es de notar que ninguno de los tres tenía una continuidad legitimada con el primer califa, Abu Bakr. El califato de Córdoba murió a manos

de los almorávides y el Fatimí, también por querellas internas musulmanas. El califato Abásida fue mantenido como una ficción histórica por los turcos selyúcidas, los mamelucos y los turcos otomanos. El califa abásida era un títere del sultán turco o mameluco. En 1517, el sultán otomano tomó directamente el título de Califa, instituyendo el califato Otomano que, a su vez, fue abolido en 1924 por Mustafá Kemal Atatürk. Los chiíes sólo reconocieron como auténtico el califato fatimí, mientras existió.

Pero los códigos que regulan la religión musulmana no acaban en el Corán. El Hadiz (narración) es la recopilación de supuestas sentencias de Mahoma, recogidas por alguno de sus más próximos familiares y trasmitidas por tradición oral hasta que se recopilan por escrito dos siglos después de la muerte del profeta. Hay muchas compilaciones del Hadiz, que llenarían unas cinco mil páginas. La tradición no atribuye a todas la misma fiabilidad. Las ha clasificado en tres categorías: Sajih (coherentes) jasán (buenas) y daif (débiles). De las primeras hay seis compilaciones; las dos más fiables, por este orden, están realizadas por Al Bujarí⁴ (m. en 870) y Muslim (m. en 875). Los chiítas cuentan con sus propias compilaciones del Hadiz; la de Kulini (m. 939), la de Qummí (m. 991) y la de Tusi (m. 1067). Cada sentencia del Hadiz viene precedida de uno o varios personajes con autoridad que se la oyeron al profeta o la autentifican. Esta lista se llama «isud» y el texto se llama «matn». El Hadiz regula la religión islámica de una manera mucho más precisa que el Corán, y sus sentencias suelen ser más drásticas.

Veamos algunos a título de ejemplo.

RECETAS MÉDICAS

«Narró Um Mihsan. Escuché que el profeta dijo: “Trátalo con incienso indio porque tiene remedio para siete enfermedades; debe ser absorbido por la nariz cuando se tienen problemas de garganta y puesto a un lado de la boca cuando se sufre de pleuresía”».

⁴ No hay en español ninguna edición completa del Hadiz. Sí una selección hecha por el imán Nawawi llamada «El jardín de los justos» (Madrid, 1996), en la que hay muchos de los compilados por Al Bujarí. La mejor edición de Al Bujarí es «Sahih al-Bukhari» (Chicago, 1979, 9 vols.).

CASTIGOS PARA LOS QUE NO CUMPLEN CON SUS DEBERES RELIGIOSOS

«Narró Abu Huraira. El enviado de Alá dijo: “Por aquél en cuyas manos está mi vida, voy a ordenar que recojan leña para el fuego, y después ordenar a alguien que pronuncie Adhan para la oración, y después ordenar a alguien que guíe a la gente en oración, y entonces haré acto de presencia y quemaré las casas de los hombres que no se presentaron para la oración”».

CASTIGO POR LA APOSTASÍA DEL ISLAM (Compárese con la conducta de los primeros cristianos con los «lapsi» durante las persecuciones)

«Narró Ikrima. La declaración del enviado de Alá: “A cualquiera que cambie su religión islámica, matadlo”».

«Narró Abu Musa: “Un hombre abrazó el Islam y después regresó al judaísmo”. Muadh ben Jabal vino y vio al hombre con Abu Musa. Muadh preguntó: “¿Qué es lo malo con éste?” Abu Musa respondió: “Abrazó el Islam y después regresó al judaísmo”. Muadh dijo: “No me sentaré hasta que lo mate”. Éste es el veredicto de Alá y de su enviado».

SOBRE LA INFERIORIDAD DE LAS MUJERES

«Narró Abu Al-Judrí: Una vez el enviado de Alá salió a Musalla a la oración de Al Fitr. Entonces pasó al lado de las mujeres y les dijo: “¡Oh, mujeres! Dad limosna porque he visto que la mayoría de los moradores del fuego del infierno erais vosotras”. Ellas le preguntaron: “¿Por qué es así, oh, enviado de Alá?” Él contestó: “Maldecís con frecuencia y sois ingratas con vuestros maridos. No he visto a nadie más deficiente en inteligencia y en religión que vosotras. Un hombre prudente y sensible podría ser extraviado por algunas de vosotras”. Las mujeres preguntaron: “¡Oh, enviado de Alá! ¿Qué es deficiente en nuestra inteligencia y religión?” Él dijo: “¿No es el testimonio de dos mujeres equivalente al testimonio de un hombre?”. Le contestaron afirmativamente. Él dijo: “Esa es la deficiencia de vuestra inteligencia. ¿Acaso no es verdad que una mujer ni puede orar ni ayunar durante sus reglas?” Las mujeres contestaron afirmativamente. Él dijo: “Esa es la deficiencia en vuestra religión”».

El velo facial está explícitamente ordenado en el Corán:

¡Oh profeta! Prescribe a tus esposas, a tus hijas y a las mujeres de los creyentes que dejen caer su velo hasta abajo; así será más fácil obtener que no sean conocidas ni calumniadas⁵.

SOBRE LA VIDA CONYUGAL

«Narró Aisha que el profeta se casó con ella cuando tenía seis años de edad y consumó el matrimonio cuando tenía nueve años y después siguió con ella nueve años».

«Narró Aisha: A un hombre le puede desagradar su esposa y pretender divorciarse de ella, de manera que ella le dice: “Renuncio a mis derechos para que no te divorcies de mí”».

«Narró Abdullah bin Zama. El profeta dijo: “Ninguno de vosotros debería azotar a su esposa como se azota a un esclavo y después tener relaciones sexuales con ella en la parte final del día”».

CASTIGO PARA EL ADULTERIO

«Narró Abu Haraira. El profeta dijo: “Tu hijo será castigado a un centenar de latigazos y un año de destierro”. Entonces se dirigió a alguien: “Oh, Unais, ve a la adúltera y apedréala hasta que muera”. De manera que Unais fue y la lapidó hasta la muerte».

LA GUERRA SANTA, EL EXPOLIO DEL ENEMIGO MUERTO EN ELLA Y EL ASESINATO RELIGIOSO

«Narró Abdullah. Pregunté al profeta: “¿Qué acción es la más querida a Alá?” Contestó: “Ofrecer oraciones en las horas establecidas”. Pregunté: “¿Cuál es la

⁵ Sura 33, 59.

siguiente?” Contestó: “Ser bueno y obediente a los padres”. Pregunté de nuevo: “¿Cuál es la siguiente?” Contestó: “Participar en la guerra santa en la causa de Alá”».

«Narró Abu Huraira. El enviado de Alá dijo: “Se me ha ordenado combatir a la gente hasta que digan: ‘Nadie tiene derecho a ser adorado salvo Alá, y cualquiera que lo diga salvará su vida y su propiedad’”».

Es decir, el mundo entero está destinado a ser Dar el Islam a sangre y fuego.

«Narró Jalid bin Madam. El profeta dijo: “Se perdonarán los pecados del primer ejército de mis seguidores que invada la ciudad del César (Roma)”».

«Narró Abu Huraira. El enviado de Alá dijo: “A la persona que participe en la guerra santa por su causa y nada le impulse a salir, sino la guerra justa por su causa y la creencia en sus palabras, Alá le garantiza que o le admitirá en el paraíso o le traerá de regreso al hogar del que salió con la recompensa o botín que haya ganado”».

Especial relevancia tiene para los españoles el siguiente hadiz:

«Cuando el enviado de Alá, ¡Alá le bendiga y le salve!, estaba en Medina, se puso a mirar hacia el poniente, saludó e hizo señas con la mano. Su compañero Abu Aíúb al-Ansari, le preguntó: “¿A quién saludas, ¡oh, profeta de Alá!?” Y él contestó: “A unos hombres de mi comunidad (musulmana) que estará en occidente, en una isla llamada Al-Andalus. En ella el que esté con vida será un defensor y combatiente de la fe y el muerto será un mártir. A todos ellos los ha distinguido (Alá) en su libro. Serán fulminados los que estén en los cielos y los que estén en la tierra, excepto aquellos que Alá quiera”»⁶.

Obviamente éste es un hadiz apócrifo que seguro no pronunció así Mahoma, pero poco importa, porque, como nos dice Vallvé: «En nuestros días, este hadiz profético es aceptado por muchos musulmanes, desde Indonesia y Filipinas hasta Marruecos, movidos por la esperanza de reconquistar España, considerado como el “paraíso perdido”. Esa añoranza se percibe en grandes poetas

⁶ VALLVÉ, J., *La división territorial de la España musulmana*, Madrid, 1986, p. 24.

modernos, como el egipcio Caqui; en el reciente discurso del sultán de Marruecos con motivo del segundo año de su entronización en julio de 2001; o en las declaraciones del lugarteniente de ben Laden en Afganistán, el egipcio Zaharawi»⁷.

«Narró Aisha. Gabriel dijo: “Sal a ellos”. El profeta dijo: “¿Dónde?” Gabriel señaló hacia los Beni Quraiza, de manera que el enviado de Alá fue a ellos. Entonces se rindieron al juicio del profeta, pero él los dirigió a Sad para que diera su veredicto con respecto a ellos. Sad dijo: “Mi juicio es que se dé muerte a sus guerreros, que sus mujeres y niños se conviertan en esclavos y sus propiedades sean distribuidas”».

«Narró Abu Huraira. El enviado de Alá dijo: “No quedará establecida la Hora hasta que combatáis con los judíos y la piedra detrás de la que se esconda un judío diga: ‘¡Oh, musulmán! Hay un judío que se esconde detrás de mí, así que mátalos!’”».

«Narró Abu Qatada. El enviado de Alá dijo: “Cualquiera que haya matado a un infiel y tenga una prueba o un testigo de ello, serán para él las armas o pertenencias del muerto”».

«Narró Al-Bará. El enviado de Alá envió a Abdulá ben Atik y a Abdulá ben Utba con un grupo de hombres para matar a Abu Rafi... (Abdulá) dijo: “Vi la casa en completa oscuridad con las luces apagadas y no podía saber dónde estaba el hombre. Así que llamé: ‘¡Oh, Abu Rafi!’ Contestó: ‘¿Quién es?’ Me acerqué hacia la voz y le golpeé. Gritó a voces, pero el golpe resultó ineficaz. Entonces me acerqué a él disimulando ayudarlo, diciendo con un tono distinto de voz: ‘¿Qué te pasa, Abu Rafi?’ Dijo: ‘¿No te sorprende? ¡Ay, tu madre! Un hombre ha venido a mí y me ha herido con una espada’. Así que le apunté de nuevo y le herí, pero el golpe resultó ineficaz de nuevo y entonces Abu Rafi gritó a voces y su esposa se levantó. Me acerqué nuevamente y cambié la voz como si fuese alguien que deseaba ayudarlo, y encontré a Abu Rafi tendido sobre su espalda, de manera que le clavé la espada en el vientre y la empujé hasta que escuché el ruido de un hueso que se quebraba. Entonces salí, lleno de confusión, y me acerqué a la escalera para bajar, pero me caí y se me dislocó la pierna. La vendé y acudí hasta mis compañeros cojeando. Les dije: ‘Id y decid al enviado de Alá las buenas noticias, pero yo no me marcharé hasta que oiga las noticias de su muerte’. Cuando amaneció, un emisario de la

⁷ VALLVÉ, J. «Abderramán III», Barcelona, 2003, p. 35.

muerte se asomó al muro y dijo: 'Te notifico la muerte de Abu Rafi'. Me levanté y eché a andar sin sentir ningún dolor hasta que encontré a mis compañeros antes de que alcanzaran al profeta, al que di las buenas noticias».

DOS PRETENSIONES MUSULMANA Y ALGUNOS TÓPICOS

1.º Tópico: La Biblia también tiene pasajes violentos en los que se justifica la guerra.

Es verdad, pero conviene matizar y distinguir. Matizar en lo que se refiere al Antiguo Testamento y distinguir radicalmente en lo que se refiere al Nuevo.

Matizaciones sobre el Antiguo Testamento.

El Antiguo Testamento es un conjunto de libros escritos por hombres de su tiempo a lo largo de muchos siglos. Dios se va revelando, creemos los cristianos, a hombres muy primitivos y les va educando según un amplio plan de formación. Por eso hay que verlo como un proceso. Es muy cierto que en libros como el de Josué, Jueces y otros, hay pasajes brutales, pero más adelante, en los libros proféticos, en Isaías especialmente, hay pasajes de una altura moral, de un nivel poético y una ternura inigualables. Y esto es cierto para libros enteros como el de Rut, Tobías o el Cantar de los Cantares. En el Antiguo testamento se abordan con gran profundidad problemas sapienciales como el de la razón del sufrimiento, que ni de lejos se abordan en el Corán. Incluso en el mismo Pentateuco, ya se puede leer el «amarás a tu prójimo como a ti mismo»⁸ o «cuando hagáis la recolección de vuestras tierras, no segaréis hasta la misma orilla del campo. No recogerás las espigas caídas. No harás el rebusco de tu viña ni recogerás los frutos caídos en tu huerto, sino que lo dejarás para el pobre y el emigrante»⁹. «Si un emigrante se instala en vuestra tierra, no le molestaréis; será para vosotros como un nativo más y lo amarás como a ti mismo, pues también vosotros fuisteis emigrantes en Egipto»¹⁰. Especialmente luminosos son los pasajes mesiánicos en los que se anuncia un salvador para toda la humanidad. También los Salmos tienen un componente violento, pero no son una incitación de la violencia del hombre contra el hombre, sino la

⁸ Levítico 19, 18.

⁹ Levítico 19, 9-10.

¹⁰ Levítico 19, 33-34.

queja de un hombre justo que pide a Dios que le haga justicia frente a los malos que le persiguen. Ciertamente, la justicia divina que pide el justo de los Salmos es a veces brutal. El Corán, por el contrario, es un libro escrito a lo largo de unos pocos años. Y si se lee de forma cronológica, se percibe un claro endurecimiento, en paralelo con la obtención de poder y éxitos militares del profeta. Mirados ambos textos, Corán y Antiguo Testamento, en su conjunto e históricamente, la altura moral del segundo es claramente superior a la del primero. El Antiguo Testamento intenta suavizar, siglo a siglo, lo peor de la naturaleza humana, mientras que el Corán, en general, halaga la parte más terrible y brutal de nuestra naturaleza. Establecer comparaciones en base de igualdad moral entre el Corán y el Antiguo Testamento sólo puede hacerse desde la ignorancia de la historia y de ambos textos. Además, el Antiguo Testamento, en sí mismo, adquiere tintes muy diferentes si se lee a la luz del Nuevo.

Si esta matización de las diferencias entre el Antiguo Testamento y el Corán puede parecer sutil, todo lo contrario ocurre cuando lo que analizamos es el Nuevo Testamento. Las Bienaventuranzas¹¹ marcan la diferencia entre el código moral del Nuevo Testamento y cualquier otro. Cristo nos dice cosas como: «Habéis oído decir: Ojo por ojo, diente por diente, ama a tu prójimo y odia a tu enemigo, pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os persiguen»¹². Cuando le clavan en la cruz, el justo por antonomasia pide a Dios una sola justicia: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen»¹³. El Nuevo Testamento, que es el culmen del proceso pedagógico del Antiguo, es un texto que respira amor, ternura, misericordia y perdón, se tome por donde se tome. El Nuevo Testamento es un código moral basado en el Amor a Dios y a sus hijos, por encima de cualquier consideración. La superioridad moral del Nuevo Testamento sobre el Corán es manifiesta y abrumadora para cualquiera que lea tan sólo algunos pasajes de uno y otro.

1.ª Pretensión musulmana

Jesús anunció a Mahoma (sura 61, versículo 6) que es el último paso de la manifestación de Dios, pero los cristianos eliminaron este anuncio de la predi-

¹¹ Mateo 5, 3-12.

¹² Cf. Mateo 5, 38-48.

¹³ Lucas 23, 34.

cación de Jesús. A la vista de lo anterior, la pretensión resulta ridícula. Que un código de amor y misericordia como el de Cristo sea el prelude de la manifestación por parte de Dios de un código de guerra, venganza, discriminación y saqueo como el islámico es un auténtico dislate, incluso para quien no crea que Jesús es Dios hecho hombre.

2.ª Pretensión musulmana

El cristianismo es una religión politeísta que adora a tres dioses. Los cristianos, desde el primer momento, en el primer anuncio de la salvación, anunciaban que Dios Padre había creado el mundo por Amor, que Dios Hijo se había encarnado en Jesucristo y que Dios Espíritu Santo guiaría a la humanidad por la senda de la verdad. Pero jamás dijeron que fuesen tres dioses. Y anunciaban la salvación así, porque así les había sido revelado por Jesucristo. No se preocuparon en absoluto de justificar esta creencia. Sin embargo, conciliar que hubiese Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo siendo un solo Dios era y es algo misterioso. A pesar de todo, lo mantuvieron contra viento y marea. Si hubiese sido una invención suya, hubiese sido infinitamente más fácil para ellos abandonar esa problemática idea. Pero sabían que ese misterio trinitario revelado por Jesús era fundamental. Como los principales ataques contra la Trinidad usaban la terminología de la filosofía griega, tuvieron que usar ellos también, a su pesar, ese lenguaje para defender tan insólita idea. Así fueron acuñándose términos como naturaleza, persona, hipóstasis y, poco a poco, el misterio de la Trinidad, sin dejar de ser misterio, fue tomando una forma filosófica. Mas, he aquí que al hacerlo, razonando *no hacia el misterio, sino desde el misterio*, las cosas tomaban una nueva y más sólida consistencia. ¿Por qué un Dios unipersonal iba a crear el mundo por amor? ¿Qué era el Amor? ¿Cómo el hombre salvado podía participar de la naturaleza divina? Estas preguntas no tenían respuesta filosófica si no era desde la revelación trinitaria. Tres personas divinas en una sola naturaleza divina eran la explicación de la existencia del Amor gratuito y, por tanto, de la creación. Dos naturalezas, divina y humana, en una sola persona, Jesucristo. La naturaleza humana divinizada por su unión con la naturaleza divina en Cristo. Todo esto, elaborado filosóficamente, que no vivencialmente¹⁴, a lo largo de siete siglos, era difícil que fuese entendido por Mahoma, sobre todo si se tiene en cuenta su contacto con los nesto-

¹⁴ Conviene insistir en que los primeros cristianos anunciaban al Dios trinitario y salvador sin preocuparse de polémicas filosóficas. Fue la fuerte oposición que blandía la filosofía griega la que les obligó, a su pesar, a filosofar desde el misterio revelado.

rianos. Posteriormente, la cultura musulmana se fue impregnando de filosofía griega. Hasta tal punto fue así que Aristóteles fue conocido en Europa a través de los musulmanes españoles tanto como a través de las copias hechas en los monasterios. Pero mientras en España Averroes comentaba a Aristóteles con una profundidad admirada más tarde por el mismo Tomás de Aquino, en el otro extremo del mundo islámico los turcos selyúcidas daban el cerrojazo a esta filosofía. Con el furor del converso, decidieron que la filosofía griega era peligrosamente infiel y volvieron a la interpretación al pie de la letra del Corán. Como quiera que los turcos impusieron su hegemonía militar e ideológica en todo el Islam, Aristóteles y Averroes cayeron en el más absoluto olvido para los musulmanes.

Es ocioso preguntarse qué hubiera pasado si el Islam no hubiera dado ese giro, pero no es en absoluto descartable que el Islam pudiese haber llegado a caminar por sendas trinitarias.

2.º Tópico. La civilización islámica alcanzó cotas de brillantez mucho mayor que la cristiana en los siglos IX al XV.

Tal vez en algunos aspectos, pero siempre a costa del expolio, saqueo y dominio. El Islam ha brillado culturalmente cuando su superioridad de fuerza le permitía ingresos por rapiña. Uno de los casos más emblemáticos de ese brillo de la civilización islámica tiene lugar en España. La reconquista pudo haber acabado en un par de siglos. Cada vez que los cristianos eran suficientemente fuertes para impedir el saqueo sistemático de los musulmanes, se producía el hundimiento de éstos por pérdida de su principal fuente de ingresos. Siempre había nuevas oleadas de invasores con refuerzos. Primero fueron los Omeyas, que supieron sacar partido de su relación con los califas asesinados instaurando primero el Emirato y después el Califato de Córdoba. Después vinieron los Almorávides. Cuando se les acabó la fuerza a éstos llegaron los Almohades y, por último, los Benimerines. Sin eso la dominación islámica se hubiese acabado. Todo el período de dominio musulmán de España está marcado por un continuo flujo de esclavos desde España hacia el Islam. Los Omeyas instauraron las «aceifas», guerras de rapiña, saqueo, raptos y destrucción, que fueron la base de su economía. No es que los cristianos no la practicasen en cierta medida, pero no era la base de su economía. De hecho, cuando reconquistaban un territorio, su máxima preocupación era repoblarlo para poder cultivar la tierra como fuente de riqueza. En el otro lado de Europa, el fasto Otomano dura lo que dura su superioridad militar. Tras su retirada en el este de Europa y su derrota en el mediterráneo en el siglo XVI, cesan el saqueo de las costas del levante español y sur de Italia, cesan el

flujo de esclavos y los frutos de la rapiña. A partir de ahí empieza un rápido deterioro económico y cultural. Esta visión del Islam está implícita en el siguiente hadiz:

«Narró Jubair ben Haiya: Omar (el 2.º califa) envió a los musulmanes a los grandes países... (el pueblo asediado preguntó a los musulmanes quiénes eran)... Al-Mughira contestó: "Somos gentes de los árabes. Llevábamos una vida dura, miserable, desastrosa... Por hambre chupábamos los lugares donde se guardaban y trituraban los dátiles, usábamos ropas hechas de cuero de camellos y pelo de cabras, y adorábamos a los árboles y las piedras. Mientras nos hallábamos en ese estado, el Señor de los Cielos y de las Tierras, elevado es su recuerdo y majestuosa su altura, nos envió de entre nosotros mismos a un profeta cuyo padre y cuya madre conocemos. Nuestro profeta, el mensajero de nuestro Señor, nos ha ordenado luchar contra vosotros hasta que adoréis sólo a Alá o paguéis tributo"».

Mientras tanto, en la cultura occidental se había implantado lentamente el «ora et labora» benedictino y nos habíamos convertido en generadores de riqueza por el trabajo. Todavía hoy no hay más que viajar por el campo europeo o el marroquí, para ver la diferencia. En zonas de igual fertilidad, el campo marroquí está improductivo y el europeo cultivado al máximo.

3.º Tópico. La conquista de América es también una guerra santa como la islámica en la que se convertía a la fuerza, se esclavizaba y se esquilaba a la población indígena.

Es cierto que en la conquista de América se cometieron atrocidades, pero conviene distinguir entre la conquista anglosajona y la española y puntualizar algunas cosas de la segunda.

Los anglosajones emigraban al nuevo mundo con sus familias y tomaban posesión a título personal de un territorio que ellos mismos pudieran cultivar. Esa era su posesión y su riqueza, con exclusión de todos los demás. Pero esos territorios eran de los indios, por lo que éstos atacaban a los usurpadores, colonos pacíficos en principio, que se organizaban para acabar con la amenaza india. Hoy día, los pocos indios de América del Norte que sobrevivieron a tan desigual lucha se encuentran en las reservas.

Los españoles que iban al nuevo mundo eran, en general, aventureros. Tomaban posesión en nombre del rey de enormes extensiones de terreno y ne-

cesitaban a los indios para cultivarlas. La corona les encomendaba parte de sus territorios junto con los indios que había en él. Eran las llamadas encomiendas. Los encomenderos eran a veces, no siempre, tal vez ni siquiera generalmente, hombres sin escrúpulos que explotaban brutalmente a los indios. Así es lo peor de la naturaleza humana. Poco o nada les importaba a estos encomenderos la religión ni la conversión de los indios a la fe cristiana. Pero con ellos vinieron los predicadores. Dominicos, franciscanos, carmelitas, más tarde jesuitas, etc. Y estos no venían ni para explotar ni para convertir a la fuerza. Venían para llevar el Evangelio a los indios. Y lo hacían muchas veces a costa de su vida y casi siempre con el espíritu de servicio de los que se saben poseedores de un tesoro espiritual que quieren compartir con los que no lo tienen. Hispanoamérica está llena de santos españoles y autóctonos. Si hubo explotación, no era esa la intención de la corona, como puede leerse en el testamento de Isabel la Católica. También Carlos I procuró salvaguardar la libertad y la integridad de los indios. Prueba de ello es, entre otras cosas, los especiales poderes que dio a Fray Bartolomé de las Casas —el emperador llegó a financiar un proyecto de colonización alternativa propuesto por Las Casas en las costas de Venezuela— y la promulgación de las «Nuevas Leyes de Indias» de 1542, inspiradas en la autoridad de Fray Francisco de Vitoria, dominico de la escuela de Salamanca. Estas leyes representan un caso único, sin precedente en la historia, de un conquistador que se plantea sus derechos de conquista. La obra de Las Casas, *Brevísima historia de la destrucción de las Indias* —hoy en día considerada por toda la crítica como una burda exageración y deformación de la realidad¹⁵— ha sido usada, divulgada y amplificada como arma de propaganda en la guerra colonial de Inglaterra y Holanda y Francia contra España en el siglo XVII. Son precisamente ingleses los que menos pueden hablar de humanidad en el trato a los indios, quienes más han difundido la descabellada historia de Las Casas como campeón de la causa de los indios y España como potencia opresora. Con sólo darse una vuelta por las calles de México D. F. o Nueva York puede verse dónde han sobrevivido mejor los indios. Afortunadamente, hay un ejemplo real de cómo hubiese sido la colonización y evangelización de América si se hubiese hecho al estilo querido por la corona de España y la Iglesia Católica: Las reducciones de los jesuitas en Paraguay. Y si acabaron fue por las presiones antijesuiticas de los gobiernos ilustrados ante un Papa que no tuvo el valor de resistir al poder y la ambición de dichos gobiernos.

¹⁵ Véase Menéndez Pidal, *Una «norma» anormal del padre Las Casas*.

CONCLUSIÓN

La naturaleza humana aspira al bien, pero es arrastrada al mal. Como dice san Pablo:

Pero yo soy un hombre acosado por apetitos desordenados y vendido al poder del pecado, y no acabo de comprender mi conducta, pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco. [...] En efecto, el querer el bien está a mi alcance, pero el hacerlo no. Pues no hago el bien que quiero, sino el mal que aborrezco. [...] En mi interior me complazco en la ley de Dios, pero experimento en mí otra ley que lucha contra el dictado de mi mente y me encadena a la ley del pecado que está en mí¹⁶.

Ante esto hay doctrinas que, a duras penas, luchan siglo a siglo por dulcificar lo que de malvado hay en el corazón del hombre. La cristiana es una de ellas, la más clamorosa. Y otras que halagan lo más bajo del hombre, empujándole hacia el abismo. La del Islam es paradigmática de éstas y, al menos en algunos aspectos, parece hecho a la medida de las ambiciones y apetitos de Mahoma. Naturalmente que hay musulmanes buenos, porque por encima, o por debajo, de la ley del Corán y los hadices está la ley natural que hace saber al hombre, si no se ciega a sí mismo, qué está bien y qué está mal. Y todos los musulmanes tienen dentro esta ley natural que generalmente vence al código islámico. Pero eso no evita el enorme peligro de que miles de millones de seres humanos estén bajo una ley islámica tan terrible.

El panorama puede parecer pesimista, pero el Señor de la historia es impredecible. Hace dos décadas, daba la impresión de que el comunismo nos iba a amenazar durante siglos y en unos años se hundió el muro de Berlín. Nadie podía haberlo considerado seriamente tan sólo diez años antes. ¿Qué puede hacer que se hunda el muro del Islam? Sólo el Señor de la historia lo sabe, pero permítaseme hacer una previsión descabellada¹⁷. En mi escasísimo conocimiento de los países islámicos, he percibido la mayor inteligencia de las mujeres sobre la de los hombres. No puede ser una mayor inteligencia genética, sino la mayor inteligencia cultural que tienen que aprender todas las minorías subyugadas. Es un

¹⁶ Romanos 7, 14-23.

¹⁷ Si alguna vez esta previsión tiene éxito quiero dejar constancia que es de mi mujer, que es mucho más perspicaz que yo.

proceso imparale que las mujeres del Islam comparen su suerte con las de occidente. Las antenas parabólicas se encargarán de eso. Y se harán preguntas que sólo tienen una respuesta. La causa de su sometimiento está en el Islam. ¿Podrá el Islam evitar esta pregunta y respuesta de las mujeres? No lo creo. ¿Podrá sobrevivir si el 50 % de la población, aunque sea la más débil físicamente y esté brutalmente oprimida, se declara en huelga de celo? Tampoco lo creo. ¿Conclusión? Tiempo al tiempo.

Lo que me preocupa de esta previsión es que el sustituto de estilo de vida que occidente les propone, el consumismo materialista, pueda ser, a largo plazo, peor que la enfermedad. Pero confío en que el Señor de la historia tenga una carta en la manga y nos la preste para conjurar este peligro.